

Carlos Fonseca

LUZ NEGRA

temas de hoy. TH NOVELA

Llueve. Como ayer. Como posiblemente lo haga mañana. El gris tenue del cielo se funde con el mar y desdibuja la línea del horizonte. El oleaje bate suave contra la playa y el ruido del agua al romper en la orilla compone una melodía cadenciosa. La lluvia, fina, casi imperceptible, envuelve el paisaje con una difusa bruma que acentúa el aire melancólico de la tarde.

Estos son los días que más le gustan. Ha bajado andando desde su casa en Amara hasta la esquina del hotel Londres para tomar el paseo de la Concha. La arena de la playa tiene el color ocre vivo de los días tristes, sin las casetas de loneta a rayas blancas y azules del verano. Camina junto a la barandilla blanca, mientras algunas parejas se cobijan en los soportales y otros aceleran la marcha para escapar del sirimiri.

Le agrada la sensación que produce el agua fría en la cara. *Bost axola*. A través de los cristales empañados de La Perla advina la silueta de una chica con camiseta y pantalón ajustados que corre en una cinta. Lleva unos cascos en los que imagina suena una canción que le hace más llevadero el esfuerzo.

Ha recorrido ese paseo cientos de veces, pero no ha perdido

la atracción que ejerce sobre él. Más aún en otoño, cuando la ciudad se ha despojado del aire festivo del estío y los miles de veraneantes que abarrotan la playa los días de sol han marchado a sus rutinas, dejando ese bellísimo lugar para quienes lo habitan cada día. Gris sobre gris, apenas punteado por el verde apagado del monte Igeldo. El paisaje es el mismo, ha estado ahí desde que es capaz de recordar, pero nunca le parece igual.

Los días de mar brava le gusta pasear hasta el rompeolas, para ver cómo el agua encabritada choca violenta contra las rocas y eleva su ímpetu por encima de la baranda de acero. Le impresiona el ruido que produce la batalla entre el mar y la costa, la manera en que la naturaleza le muestra al hombre su insignificancia. Permanece absorto viendo crecer las olas a medida que se aproximan, orgullosas, y espera a que rompan y la espuma se eleve desafiante. Se encamina después hacia la playa de la Zurriola por la muralla de piedra que serpentea sobre los enormes bloques de granito encargados de contener tanta furia desatada.

Hoy se dirige hacia el extremo opuesto, donde la ciudad precipita su final. El punto de no retorno donde el hierro retorcido de las esculturas de Chillida peina el viento. El mar, aun en los días más tranquilos, azota allí con estruendo. Hasta ese lugar le llevaba el *aita* cuando era un niño para subir en el funicular al minúsculo parque de atracciones, que entonces le parecía una feria inabarcable de diversiones.

La montaña suiza era su atracción favorita. El *aitona* le contó una vez, cuando aún no había perdido la capacidad de asombrarse de todo, que se llamaba así y no rusa porque Franco no

quería en España nada que sonara a comunista. El *aita* se resistía a montar —ahora sabe que era puro teatro— hasta que su insistencia le convencía. Luego se subían una, dos, tres veces, y gritaban cuando el cochecito se precipitaba desbocado por aquellas rampas enormes que iban a parar a curvas cerradas que discurrían al borde de la montaña y amenazaban con despeñar a sus atrevidos ocupantes. El paso del tiempo ajusta las dimensiones de la realidad, y ya sabe que las rampas no son tan inclinadas, ni las curvas tan peligrosas, ni la montaña suiza ha arrojado a nadie al mar, pero le agrada dejarse mecer por los recuerdos.

Ha llegado a la playa de Ondarreta, separada de la Concha los días de marea alta por las rocas del Pico del Loro, y enfila hacia el Real Club de Tennis, con las pistas de arcilla desiertas. Desde allí los contornos de la ciudad se desdibujan y apenas se aprecia el puerto, desaparecido entre la bruma. La isla de Santa Clara parece desmochada, y el monte Urgull es una loma, con el Sagrado Corazón ascendido a los cielos. El aire silba al partirse contra las aristas de la montaña y arroja contra la cara agua de lluvia y de mar, que deja en los labios un sabor salado, mientras por las troneras del suelo escapa la fuerza del oleaje como un grito.

La calma del paseo da paso a la inquietud de un encuentro inesperado y, sin proponérselo, rememora tiempos que le parecen lejanos. Las ausencias se combaten con recuerdos, pero no hay forma de luchar contra los nervios del reencuentro. La semana que ha transcurrido desde que recibió su carta ha sido eterna. La saca del bolsillo y la relee de nuevo para confirmar,

aunque ya lo sabe, que es allí donde debe estar. Intuye que a la tiranía de la soledad le quedan solo unos minutos.

Mira el reloj. Son las siete y la luz del otoño comienza a apoderarse de la tarde.

Libia aún no ha llegado.

El paseo era un bullicioso ir y venir de gente. Grupos de amigos, parejas, madres orgullosas con sus carritos de bebé y ruidosos grupos de muchachos desfilaban ante terrazas repletas que desprendían murmullos de charla. Solo unos pocos apuraban en la playa las últimas horas de la tarde, y su sola presencia en bañador desentonaba con el aire formal de la calle.

La marea baja, la mar tranquila y las primeras luces de la noche reflejadas en el agua invitaban a perder la mirada en la lejanía. Agosto se escapaba y era el momento de apurar el aire gozoso del verano antes de resignarse al melancólico otoño y al triste y desangelado invierno. Atrás quedaban las semanas pasadas en parajes de sol para olvidar las jornadas plomizas de trabajo y obligaciones.

Sus miradas se encontraron entre la gente, y cuando estuvieron uno frente al otro chocaron sus manos con fuerza y se abrazaron con alegría sincera.

—*Aspaldiko*, maricón, ¿cómo te han ido las vacaciones?

—Como todos los años.

—¿Y eso es bien o mal?, porque los burgueses nunca tenéis bastante.

—Normal —dijo sin demasiado entusiasmo—, ¿y tú qué tal?
—Currando como un cabrón.

Aritz y Eneko se conocían desde críos. Su amistad se cimentaba con lazos invisibles anudados con afecto y lealtad. Compartieron años de *ikastola*, hasta que Aritz descubrió que era incapaz de desvelar los secretos ocultos en los libros. Dejó los estudios y se puso a trabajar para independizarse de su madre, viuda, que se aferraba a él como a una tabla de salvación en el mar de soledad en que la había dejado la muerte de su marido. La mujer claudicó tras unas cuantas llantinas —«¿qué necesidad tienes de irte, si aquí lo tienes todo hecho y lo que ganas es para ti?», intentó convencerlo— y, como si de una rendición se tratara, le entregó las llaves de la casita del puerto. Una casa de fachada estrecha y blanca, de ventanas de madera pintadas de marrón, desde las que cada mañana se asistía a la descarga del pescado por los *arrantzales* que faenaban de noche. Allí vivió la familia hasta que los ahorros de años de sacrificio les permitieron instalarse en una vivienda más holgada en el barrio de Gros.

Eneko abrazó los estudios sin demasiada convicción, más para evitar el negocio familiar al que se veía abocado, como su hermana, que porque le interesara el mundo del periodismo. Eligió la carrera de una semana para otra, tras un somero repaso de las licenciaturas que podía cursar sin demasiado esfuerzo.

De aquello hacía ya dos años, y aunque sus decisiones bifurcaron sus caminos, la amistad seguía intacta. Aritz trabajaba en una taberna y Eneko había aprobado los dos primeros cursos.

La vida discurría sin sobresaltos, con la certeza de quien sabe lo que hará al día siguiente, y al otro, y la próxima semana, y el mes que está por llegar.

Se citaron un poco antes de que toda la cuadrilla se reencontrara en el casco viejo. «Gau pasa», se habían convocado unos a otros por teléfono.

—¿No has tenido ningún día de vacaciones? —preguntó casi disculpándose por su desinterés, aunque sabía la respuesta.

—Como el año pasado. El patrón dice que julio y agosto son los meses fuertes, así que me ha tocado joderme. Ahora, que me pienso desquitar en las fiestas. Ya le he dicho que no cuente conmigo hasta el 15 de septiembre, y que si no le va bien, que se busque a otro.

Enfilaron hacia el Alderdi Eder. Los caballos del tiovivo estilo Belle Époque giraban con niños de fiesta bajo la atenta mirada de sus padres; los abuelos recuperaban fuerzas sentados en los bancos pintados de blanco, al cobijo de los tamarindos, y por el carril bici los ciclistas hacían sonar los timbres para llamar la atención de los transeúntes despistados.

Junto al Club Náutico, dos chicas atendían un tenderete en torno al que se arremolinaba un grupo de muchachas. La chica morena tenía el pelo corto, aunque de la nuca se desprendía una rasta que serpenteaba por su espalda. Gesticulaba con las manos y ofrecía los abalorios que tenía expuestos en una caja forrada de terciopelo azul. La camiseta de tirantes, muy corta y ceñida, marcaba sus pechos y dejaba al descubierto el ombligo, atravesado por un *piercing*, y una piel tostada por el sol. Cuando se agachaba para rebuscar entre la mercancía que guardaba en una

bolsa de lona, el pantalón se deslizaba por las caderas y dejaba al descubierto las minúsculas tiras de un tanga y dos hoyuelos, anticipo de unas nalgas modeladas con esmero. Su compañera, sentada en el suelo, anudaba con destreza dos tiras de cuero que sujetaba al dedo gordo de uno de sus pies, y apuraba largas caladas de lo que parecía un porro. Cerraba los ojos, como si se concentrara, y los abría de nuevo cuando expulsaba el humo.

La chica morena ajustaba el precio de un collar y varios pendientes. Tres, seis, ocho euros, y explicaba los precios con convincentes datos sobre los materiales empleados. «Estos pendientes tienen un baño de plata para que no den alergia», le aclaraba a una muchacha. «Son semillas de guanacaste, el árbol nacional de Costa Rica», explicaba a otra que se interesaba por las cuentas rojas moteadas de negro de un collar.

Neska polita. Eneko y Aritz se desviaron de su camino para acercarse al puesto y, tras observar unos instantes, se sumaron a la clientela.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Aritz, que se había agachado para coger una pulsera de cuero.

—Son todas a tres euros.

—¿Y son de hombre o de mujer?

El tono de su voz revelaba que su interés no eran las pulseras. La muchacha optó por ignorarle y devolvió su atención al grupo de chicas, que no terminaba de decidirse.

—¿Me puedes decir cuáles son las de hombre y cuáles las de mujer? —insistió.

—Oye, no me vaciles —la joven morena contestó con fastidio.

—¿Me la puedo probar?

—Tú mismo.

Aritz colocó en su muñeca una pulsera trenzada de color negro y otra marrón anudada con un metal plateado.

—Me quedo esta.

—Cuatro euros.

—¿No me has dicho que son todas a tres?

—Para los gilipollas como tú, a cuatro.

Aritz y Eneko rieron la ocurrencia.

—A mí me gusta esta —Eneko se animó a intervenir—. ¿Es de tres o de cuatro euros?

—Depende, aún no sé si eres otro gilipollas como tu amigo.

—Tú dirás.

—A ti te la dejo a tres.

—¿Estás segura?

—No.

—¿Te podemos hacer una pregunta? —Aritz volvió a la carga mientras la joven hurgaba en el monedero la vuelta del billete de diez euros con el que le había pagado.

—Oye, ¿por qué no me dejáis en paz? —les regaló una mirada de enojo.

—¿A qué hora salís tú y tu amiga del trabajo? —Aritz ignoró sus palabras.

La joven que estaba sentada sonrió sin dejar la tarea.

—Te hablo en serio —Aritz arqueó las cejas y le mostró las palmas de sus manos, como el mago que las enseña al público antes de hacer un truco.

—Si no nos dejáis en paz, nuestro amigo os va a correr a

hostias —la muchacha morena dirigió la mirada a un joven de largas rastas recogidas con una cinta de pelo, el torso desnudo, descalzo, que hacía juegos malabares con tres mazas junto al tiovivo, a la espera de que el interés de los niños obligara a los padres a depositar una moneda en su gorra.

—¿El titiritero aquel? —Aritz descubrió su presencia—. Está muy flaco.

—Suficiente para vosotros.

—No te pases —Eneko reconvino a su amigo en voz baja. Lo que pretendía ser un juego de seducción iba camino de convertirse en una disputa—. Si os hemos molestado, os pedimos disculpas, y hasta estamos dispuestos a pagar cinco euros por cada pulsera por gilipollas —adoptó un tono conciliador.

—Vale —se decidió a intervenir la joven silenciosa que permanecía sentada, aparentemente ajena.

—¿Eso es un sí? —Aritz recuperó la iniciativa.

—Si nos invitáis a unas birras, es un sí.

La muchacha morena se volvió hacia su amiga, que parecía divertida.

—¿De qué vas, tía?

—¿Qué hay de malo en que nos inviten a unas cervezas? No han dicho que quieran follarnos.

—Tú flipas.

—Bueno, ¿nos vais a decir a qué hora salís de trabajar? —insistió Aritz—. Os invitamos a potear con la cuadrilla.

—El titiritero, como le llamas, viene con nosotras —la joven morena acababa de dar un sí implícito, convencida de que la presencia de su amigo les haría desistir.

—Sin problema. ¿A qué hora venimos a buscaros?

—No sabemos cómo va a ir la venta; a lo peor estamos ocupadas hasta tarde —dijo con retintín.

—¿Y si os compramos todo el puesto? —la broma era de Eneko.

—En ese caso nos vamos con vosotros ahora mismo —terció de nuevo la joven que parecía dispuesta a dejar de ser tan silenciosa.

—Pasamos por aquí a las doce.

—...

—Este es Eneko y yo soy Aritz —dijo según se marchaban, sin la certeza de que hubieran concertado una cita.

—Yo me llamo Eva; esta que tiene tan mala leche, Libia; y el flaco que os va a dar dos hostias, Osiris.

—Vaya nombre.

—Se lo ha puesto él —la muchacha que acababa de dejar de ser silenciosa se encogió de hombros—. Se llama Miguel, pero él prefiere Osiris.

—Joder, quién ha ido a hablar de nombres —soltó su amiga como un desplante.

Se despidieron con un *agur*.

Entraron en el casco viejo por la calle Mayor, la iglesia de Santa María del Coro se recortaba al fondo, encajonada entre casas, con su pequeña escalinata repleta de jóvenes. El dédalo de calles reunía a esa hora a turistas y parroquianos. Unos se asomaban a las tabernas atraídos por sus barras llenas de pinchos que

invitaban a entrar; los otros se movían con la seguridad de quien conoce los recovecos y tiene decidido el recorrido. El cruce de conversaciones convertía las palabras en un rumor que fluía entre los espacios estrechos que dejaban las viviendas, tan próximas entre sí que sus moradores compartían intimidad sin proponérselo. Giraron por Fermín Calbetón y entraron en el Zubiri, lleno hasta la puerta. «Dos zuritos», gritó Aritz para hacerse oír desde la barra.

—¿Tú crees que van a venir? —preguntó—. Están buenas las cabronas.

—Me parece que no —dijo Eneko convencido de que habían fracasado.

Volvieron a hablar de las vacaciones.

Eneko veraneaba desde hacía cinco años en Roche, una pretenciosa urbanización donde solo el viento de levante era capaz de incomodar los acostumbrados días de sol. Chalés encalados que se escondían en un pinar, con amplias parcelas ajardinadas donde sus moradores ocupaban el tiempo en la grata tarea de no hacer nada. «Pijos de cortijo», los llamaba Eneko.

Los *aitas* alquilaban la casa a un sobreactuado promotor inmobiliario que en verano colocaba por cuenta de los dueños los chalés que antes les había vendido. Pelo escaso, repelinado hacia atrás en ondas que caracoleaban según se aproximaban al cuello, polo de marca, pantalón de color chillón y mocasines. Lo suyo no era un deje andaluz, era un andaluz exagerado con el que cada año recibía a los clientes en su oficina para entregarles las llaves de las que iban a ser sus casas por unos días. Un fulero de libro.

Todos los años arrendaban la misma para evitar las largas peroratas por teléfono de Carlos Buendía, que así se llamaba. «Está mu bien, Agustín —el trato prolongado le permitía el tuteo—. É una caza estupenda. É un poco más cara porque está a cien metros de la playa. Ez que lo que tú quiere, Agustín, é de lo mejor, y ezo hay que pagarlo —se defendía cuando le reclamaba una rebaja—; yo te busco otra caza má barata, pero no é lo mismo.»

Los días discurrían sin prisa. Se consumían en largas jornadas de playa, lectura y algo de deporte. Cuando la calma que tanto apreciaban sus padres se le hacía insoportable, cogía el coche y se marchaba con su hermana a la vecina Conil en busca de un poco de ruido. Ainara tenía dos años más que él y un novio que en ocasiones los acompañaba para desasosiego de los *aitas*, que días antes del viaje mantenían encendidas discusiones con su hija sobre si *habrían* de dormir o no en la misma habitación.

«Sois unos antiguos, ¿os creéis que no nos acostamos en Donosti? —les provocaba—. Nos acostamos cuando nos apetece —añadía al no recibir respuesta—. Tengo veinticuatro años», insistía con énfasis, hasta que arrancaba la respuesta de su madre. «Tendrás veinticuatro años y te acostarás con tu novio cuando quieras, pero en mi casa no dormirás juntos, y no hay más que hablar», zanjaba, y se dirigía después a su marido: «¿Tú no vas a decir nada?». «¿Para qué?, si ya lo has dicho tú todo.» La discusión terminaba con Ainara dando un portazo, y poco más. Al final, el novio compartía habitación con Eneko, aunque muchas noches buscaba las sábanas de su hermana.

—Vamos, lo mismo de todos los años, un coñazo —concluyó Eneko el relato, que resumía cada vez más pese al interés de su amigo por los detalles.

—Por lo menos has visto el sol, porque aquí llevamos un verano cabrón.

«¡Aupa!», vieron aparecer a Iker y Joseba, que llegaban puntuales a la cita. Continuaron la ronda por 31 de Agosto y Juan de Bilbao, y al grupo se fueron sumando Jonan, Edurne, Mikel-di, Erika, Patxi e Irati, hasta que la cuadrilla estuvo completa. Iban ya un poco cargados cuando Aritz y Eneko los emplazaron en media hora en Casa Alcalde mientras iban en busca de «unas *neskas* que hemos conocido».

Para esas horas el Alderdi Eder era un espacio solitario, y el mar, una enorme superficie negra en la que bailaba el reflejo de la luna.

En la plaza no había nadie.

Puntuales, a las cinco estaban todos en el *gaztetxe*. Joseba, desde un físico imponente en su metro noventa de estatura, no explicaba, daba órdenes con la autoridad sobrevenida tras su paso por prisión. «Empezamos desde Embeltrán y cuando lleguen los *beltzas* nos echamos atrás por Mayor, hasta Fermín Calbetón. Les damos desde allí, San Jerónimo y Narrica sin dejar de movernos. Edurne y Mikeldi dan el agua. En el Txipiron están los cohetes y un neumático para quemar.»

Los presentes asintieron con un gesto entre inquieto y orgulloso. No era la primera vez que participaban, pero aun así costaba mantener la calma. Algunos se miraban buscando la pausa en los ojos del compañero. La sensación de pertenencia al grupo transmitía el valor de los más decididos a los que la incertidumbre delataba desde su rostro hierático. «Se van a cagar los *zipayos*», levantó la voz Aritz para romper el silencio nervioso.

—A las ocho en el bule —Joseba dio por concluida la reunión.

* * *

El templete modernista de la Alameda del Boulevard, escenario de habituales actuaciones musicales, era uno de los lugares donde los familiares de presos se citaban periódicamente para reclamar su libertad. A las siete de la tarde, gente de edad respetable se reconocía tras las pancartas. La sensación de la primera vez, poblada de inseguridad, daba paso con el tiempo a la complicidad de la causa común.

Las fotos pegadas sobre tableros sujetos a palos para portarlos a modo de cruz, las «piruletas», cobraban vida concentración tras concentración. Todos sabían ya que el chico de gafas y aspecto de empollón de la foto era Jon Gallastegui, y que su madre se llamaba Miren y su padre, Xabier. Llevaba dos años en la cárcel y aún le quedaban tres más para recuperar la libertad. Estaban también Ibon, Dorleta, Agustín... La mayoría, caras inexpresivas de carné, las menos, fotos familiares tomadas en días de alegría. Cada imagen era una historia que sus familias habían tardado en interiorizar. Algunas con orgullo y otras con vergüenza, que superaban con el apoyo de desconocidos convertidos en inesperados compañeros de viaje.

A la hora prevista, medio centenar de personas aguardaba la señal para empezar a gritar las consignas como si fueran un coro. La gente permanecía sentada en las terrazas del Barandica y el Garagar o paseaba ajena a una representación que, a fuerza de repetida, se había convertido en una rutina a la que nadie prestaba atención. Ni siquiera la llegada de tres furgones de la Ertzaintza, de los que descendieron una veintena de hombres embozados, alteró el ánimo de los presentes.

La sola presencia policial animó a los manifestantes, como si

aquellos hombres sin rostro, vestidos de negro, dieran sentido a lo que hacían. Arreciaron los gritos de «euskal presoak, euskal herrira» que repetían en cada convocatoria. Dos agentes se acercaron hasta los concentrados y de entre la multitud emergió la figura de un hombre de pelo cano, coleta y una poblada perilla que se identificó como portavoz de los presentes. No tenían autorización para estar allí. Disponían de quince minutos para marcharse en calma. Si era así no habría problemas, pero si no lo hacían procederían a disolverlos por la fuerza.

Con la precisión de un reloj, los gritos a favor de los presos se fueron apagando hasta desaparecer, mientras los reunidos se dispersaban y la plaza recobraba sus sonidos cotidianos.

Cuando los manifestantes habían desaparecido —Joseba les había aleccionado para que nunca utilizaran como escudos a las familias de los presos—, desde las calles Mayor y San Jerónimo recogieron los gritos de «euskal presoak, euskal herrira» de sus mayores mezclados con algún «Go-ra ETA mi-li-ta-rra». Los ertzainas, que aún permanecían en el bulevar en actitud distendida, cogieron sus defensas.

Voló la primera piedra y las terrazas se vaciaron con rapidez. Retumbó el ruido seco de las escopetas de aire comprimido lanzando pelotas de goma, y la alameda se convirtió en un campo de batalla. En el casco viejo la gente continuó con el poteo, como si no ocurriera nada que no hubiese ocurrido ya decenas de veces, con la única precaución de cruzar la calle a la carrera, de taberna en taberna.

Los alborotadores regularon para escapar por Mayor y doblar a la derecha, por Fermín Calbetón. Una vez a resguardo,

Aritz, con una plancha de madera sobre la que había colocado un cohete de feria con una pequeña bola de acero adherida a la punta con esparadrapo, para que no se elevara y siguiera una trayectoria horizontal, se asomó a la esquina y prendió la mecha. El cohete silbó dejando tras de sí una estela de humo.

Eneko e Irati se desplegaron por San Jerónimo para sorprender por un lateral a los ertzainas, que concentraban su atención en el cuello de botella de la calle Mayor, donde un neumático quemado desprendía una columna de denso humo negro. Corrían con la respiración agitada. Con un poco de suerte podrían quemar uno de los furgones con un cóctel molotov. Volvieron a escucharse los disparos de las escopetas de aire comprimido. «Sinvergüenzas», se oyó la voz de una mujer mayor desde un balcón. «Gora ETA militarra», Patxi alzó la voz como respuesta.

Eneko cubrió su rostro con un pasamontañas. En la mano portaba una botella de cerveza llena de gasolina y aceite de coche, de cuya boquilla colgaba un pedazo de tela. Desde un portal de San Jerónimo, Mikeldi le hizo una señal con los dedos. Vía libre. Prendió fuego al trapo, bajó a la carrera, salió al bulvar y lanzó el artefacto tan fuerte como pudo contra el vehículo más próximo. Una llamarada prendió en la puerta del furgón mientras corría en retirada con el corazón desbocado y el orgullo de un *gudari*. «Con dos cojones, Eneko», escuchó la aprobación de Mikeldi. Irati, que vigilaba orgullosa, se acercó hasta él, le levantó la capucha hasta la boca y le besó. El premio al valor demostrado.

«Go-ra ETA mi-li-ta-rra», «Go-ra ETA mi-li-ta-rra». Los gritos retumbaban en las calles, estrechas como embudos. La ba-

talla de trincheras se prolongó veinte minutos, hasta que la llegada de nuevos furgones haciendo sonar sus sirenas persuadió a los agitadores. Se escuchó un silbido y la cuadrilla se reagrupó, mientras Iker y Erika mantenían a los ertzainas a raya.

—Ha estado de puta madre. Ahora hay que abrirse —Joseba volvió a ordenar—. Una pareja que tire por detrás, hacia el paseo Nuevo. Otra más por Virgen del Coro al puerto, y el resto nos quedamos en el Txipiron.

En unos minutos el casco viejo recuperó su pulso cotidiano, como si lo ocurrido formara parte del paisaje, una anécdota sin importancia, apenas unas líneas en el periódico del día siguiente. El humo negro del caucho al arder nublaba aún la calle y desprendía un intenso olor a odio y gasolina.

La muchacha morena y la joven silenciosa recogían sus cosas con parsimonia. El color anaranjado de la tarde se diluía en la línea del horizonte y los paseantes presenciaban la puesta de sol apoyados en la baranda.

—*Kaixo*.

—Holaaaa —Eva estiró la a—. No os habéis olvidado de nosotras.

Eneko encaró la mirada desconfiada del titiritero ofreciéndole la mano. «¿Qué hay?» Tenía los ojos enrojecidos y la mirada perdida.

—El otro día nos dejasteis tirados —dijo Aritz.

—Aquí, doña malaleche —Eva se refería a Libia—, que tenía el día torcido.

—No somos tan fáciles —intervino Libia.

—Solo os invitamos a potear; en Euskadi somos así de hospitalarios —Eneko se sumó a la conversación.

—¿Os marcháis ya? —preguntó Aritz—. Hemos quedado con la cuadrilla; si os apetece venir, estáis invitados.

—Vale —dijo Eva sin dudar—. Llevamos costo, de manera

que vosotros ponéis las cañas y nosotros, los petas —les ofreció el porro que apuraba.

Dieron dos caladas.

—Terminároslo, que voy a liar otro. Tú no, cabrón, que llevas un cuelgue de puta madre —dijo a Osiris, que hacía intención de participar de la fumada.

—¿Se te pasó el enfado? —Eneko dirigió su atención a Libia.

—Hemos hecho buena caja.

—Me alegro.

—Dejamos esto en la furgoneta y estamos listos. ¿Dónde vamos?

—Al casco viejo.

La cuadrilla ya estaba en Casa Alcalde cuando llegaron, y tras las presentaciones de rigor corrió la cerveza. Iker, Edurne, Jonan, Mikeldi, Erika, Patxi e Irati.

—¿Cuánto tiempo lleváis en Donosti?

—Tres semanas. Vinimos desde Galicia, hemos estado también en Asturias, unos pocos días en Santander, y ahora aquí.

—No os habíamos visto hasta el otro día.

—Era el primero que nos colocábamos en la plaza. Hemos estado en la playa del fondo. Allí los munipas nos dan menos el coñazo, pero también hay menos gente.

—En Ondarreta.

—Y también en la playa al lado del río. Aquello está guapo, lleno de guiris que compran bastante.

—La Zurriola, la de los cubos de Moneo.

—Joder, pareces un guía turístico —no había malhumor en las palabras de Libia.

—¿Vais a estar muchos días?

—¿Le entras así a todas las tías? —le contestó retadora.

—¿Cómo?

—Te falta preguntarme si estudio o trabajo.

—Como no nos conocemos —dudó cómo continuar—, ya sabes, lo típico, de dónde eres, qué haces y un montón de etcéteras más.

—Soy de Cádiz, pero ciudadana del mundo, tengo veinticinco años y soy licenciada en Filología, vagabunda de profesión, voy con mis amigos de acá para allá, sin rumbo fijo, donde nos apetece, vendiendo pulseras y pendientes que hacemos con estas manitas —las movió como si hiciera los lobitos a un bebé—. ¿Conforme?

—¡Eh, parejita! —gritó Aritz para que se sumaran al grupo. Irati estaba enfadada.

Eneko recorría la cara de Libia con el asombro de quien se encuentra con un aparecido. El flequillo corto, muy corto, dejaba al descubierto una frente en la que comenzaba a dibujarse alguna arruga, apenas perceptible si no se escrutaba el rostro con el interés que él lo hacía. Los ojos, vivos, hablaban desde su negro azabache, más oscuro que el pelo, del que se desprendía una rasta como una serpiente. Los pómulos marcados resaltaban aún más sus gestos. Arqueaba las cejas cuando ponía énfasis en alguna de sus explicaciones y esbozaba una sonrisa satisfecha cuando concluía sus frases, que agrandaban sus labios

carnosos. De una de sus orejas colgaban tres aros plateados que se movían al compás de la conversación. La piel canela le hacía aún más bella.

—No me has dicho si vais a quedaros mucho tiempo —Eneko ignoró a Aritz.

—No lo sabemos, puede que sí o puede que no.

—¿Dónde os alojáis?

—Joder, tío, dormimos en la furgoneta, en la playa, en pensiones si tenemos pasta, donde cae.

Irati se separó del grupo para dirigirse hacia ellos. Lanzó a Libia una mirada de desaprobación y con la mano atrajo el rostro de Eneko hacia ella para besarle en los labios.

—¿No pretenderás quitarme a mi chico? —dijo con un tono disfrazado de cordialidad.

—Descuida, no es mi tipo.

Eneko se sintió incómodo.

La ronda continuó por aquel laberinto de calles estrechas y balcones azul añil, blanco y albero, de tiestos que compartían espacio con anuncios de pensiones y *jatetxes*, que se iba despo-blando según se desprendía la noche.

—¿Otro zurito, Libia? —Aritz le ofreció otro vaso de cerveza—. Seguro que este te está soltando la chapa —Eneko acaparaba su atención con una conversación interminable pese a las miradas de desaprobación de Irati—. ¿Ves a aquella? —la señaló con la mirada—, es la, ¿cómo se dice?... ¿novia? de Eneko y tiene un mosqueo de puta madre.

—Déjalo, Aritz.

—Tiene derecho a roce, pero de ahí no le deja pasar.

—¡Déjalo!

—Se hace el moñas, pero que no te engañe, que lo que quiere es llevarte al catre.

—Pues no me había dado cuenta, la verdad.

—Es que en Euskadi es muy difícil follar, ¿no lo sabías? —el alcohol le desinhibía.

—Será porque los tíos sois muy sosos.

—O las tías muy estrechas, por eso tenemos que ligar con las de fuera, porque sois más abiertas.

—¿De piernas, quieres decir?

—De todo.

—Pero eso no significa que follemos con cualquiera.

—Con que folléis conmigo me vale.

—Puede ser —dijo Libia, que no estaba dispuesta a dejarse ganar por un charlatán.

—O sea, que tengo una oportunidad.

—Puede.

—¿Y qué hacemos con el rastafari?

—Osiris ya nos tiene muy vistas. Se lo monta con las dos cada vez que quiere.

—Qué suerte tiene el cabrón.

—¿Te molan los tríos?

—No he hecho ninguno, pero estoy dispuesto a probar con tu amiga y contigo.

—Propónselo, a ver qué te dice.

—¡Hostias!

—Si ella quiere, tú quieres y yo quiero, Osiris no tiene nada que decir.

—...

—Me parece que se te va la fuerza por la boca, o es que aquí folláis tan poco que no estáis acostumbrados a que os digan que sí.

Libia se acercó a su amiga, que reía a carcajadas con otros miembros de la cuadrilla. Aritz mantuvo la mirada en ellas mientras se cuchicheaban al oído.

—Esta tía me pone burraco.

Eneko no dijo nada, visiblemente molesto.

—Oye, ¿no te habrás mosqueado?

—Joder, me estaba enrollando yo.

—Maricón el último. Además, tú tienes novia, pero si quieres, seguro que nos lo podemos montar con las dos.

Libia y Eva miraron a Aritz con una sonrisa lasciva, hicieron un gesto de afirmación con la cabeza y se dirigieron hacia donde estaban.

—Mi amiga dice que sí, pero tiene una duda —Libia hablaba resuelta.

—¿Cuál?

—Si vas a poder con las dos.

—Por eso no os preocupéis, Eneko viene y nos montamos una orgía.

—Perfecto —los miró con descaro.

—Paso, mejor os lo montáis vosotros y ya me contáis —Eneko se separó de la barra hacia el lugar en el que se arremolinaba la cuadrilla.

—¿No te deja tu novia? —Libia remarcó la última palabra—. Bueno, tú te lo pierdes, es lo que tiene tener parejita —dijo al no recibir respuesta, y devolvió su atención a Aritz—. ¿Dónde nos llevas?

—A mi casa. Vivo aquí al lado, en el puerto, con unas vistas que vais a flipar.

—Lo que nos hace falta es una cama bien grande —Eva estaba bebida.

«Nos vamos, tropa», dijo Aritz a modo de despedida, para que el resto se percatara de su hazaña —no una, sino dos mujeres—, pero nadie le hizo caso. Osiris se mantenía en pie acodado en la barra. Miraba al grupo con cara de sorpresa, como si no entendiera de lo que hablaban o lo hicieran en una lengua extraña. Eneko devolvió su atención a Irati y se incorporó al grupo para perderse en el vocerío de las conversaciones cruzadas.

—A este pavo nos lo vamos a tener que llevar a rastras, menudo colocón tiene —dijo Patxi mirando a Osiris, cada vez más ajeno a todo.

Desembocaron en el puerto a través del templete con olor al orín de los borrachos. Libia y Eva, colgadas cada una de un brazo de Aritz, reían.

Los pesqueros de cascos verdes, rojos y azules dormían atracados junto a unos pocos de recreo, en una dársena diminuta en la que maniobrar era un arte.

—¿Tienes la polla grande? —soltó Eva con espontaneidad.

—Joder, Eva, tienes un colocón de puta madre. No has dejado de beber y fumar petas toda la noche.

—Como tú, no te jode. ¿Tienes la polla grande, o no? —volvió a preguntar a Aritz.

—Tan grande como tus tetas —salió al paso.

—A mí me gustan las pollas grandes y juguetonas —Eva insistía y Libia no podía dejar de reír el descaro de su amiga.

—Eva, le vas a poner a cien antes de tiempo.

—La que está caliente soy yo.

Subieron la escalera sin soltarse.

—Es el tercero, pero no hagáis ruido, que vive gente mayor —chistó para que bajaran la voz.

—Chisssss —Eva estaba definitivamente colocada.

Abrió la puerta y las invitó a entrar.

—¿Queréis tomar algo? —se sintió ridículo. ¿Qué iban a pensar de él?, a las tías no se les entra con esas gilipolleces.

Eva llevó su mano a la entrepierna de Aritz.

—Pero si ya estás preparado —simuló sorpresa.

Libia se acercó a su amiga y comenzaron a besarse en la boca de manera que Aritz pudiera ver cómo enroscaban sus lenguas.

—¿Te animas?, nosotras podemos prescindir de los prolegómenos —la voz de Libia mostraba la agitación que le provocaban las caricias de su amiga, que le restregaba los pechos con las manos y le mordía los pezones por encima de la camiseta.

Libia ofreció su boca a Aritz, mientras Eva le desabrochaba el pantalón. La cama era un revoltijo de sábanas y por los visillos de la ventana se filtraba la luz de la luna. Se despojó de su

camiseta, dejando al aire sus pechos, y se deshizo de sus pantalones y del tanga. Aritz le miró el vello depilado, formando una línea que prolongaba su sexo.

—¿Te gusta?

Se sentía ridículo, con el pantalón y los calzoncillos en los tobillos, el pene erecto. Eva se desnudaba, dejando a la vista unos pechos grandes y unas caderas anchas que resaltaban su voluptuosidad. Entre ambas le hicieron tumbarse en la cama y volvieron a besarse. Libia se incorporó hacia él y su amiga deslizó su lengua desde el vientre hasta el pene. Aritz soltó un gemido de placer.

Volvieron a besarse, con él de espectador. Libia se sentó a horcajadas sobre su verga y comenzó a cabalgarlo, mientras Aritz conducía con sus manos el movimiento de sus nalgas arriba y abajo, adelante y atrás. Gemía. Cerró los ojos para dejarse ir en una explosión de placer. Libia aceleró sus movimientos y, llegado el clímax, se dejó caer sobre él y se hizo a un lado de la cama.

—No me podéis dejar así, cabrones —Eva tenía la respiración agitada por la excitación.

Libia sonreía y Aritz sintió que su pene se erguía de nuevo. Cuando estuvo erecto, Eva se tumbó de espaldas en la cama y se ofreció abierta de piernas.

—Fóllame.

Aritz se movía adelante y atrás.

—Fuerte.

Él aceleró sus embestidas mientras Eva acompasaba sus movimientos con el de sus caderas, hasta que los dos alcanzaron el

orgasmo. Jadeante, Aritz se tendió entre ambas. Callaron durante unos instantes.

—No ha estado mal —dijo Eva.

—Nada mal —corroboró Libia.

—Esto tenemos que repetirlo —añadió Aritz.

Los tres rieron.

Sonó un *ring* insistente, sin apenas pausa, impertinente. «Es tu amigo —le extendió el auricular—. Ahora no te pases media hora hablando, que hay que atender a los clientes», le reconvino su padre, que había conseguido que esa tarde bajara a la tienda en ausencia de su hermana. La gente entraba tentada por el aspecto escogido de la fruta y la verdura, colocadas con tanto mimo que parecían parte de la decoración del establecimiento. Una policromía de colores verde, rojo y naranja prevalecía sobre los amarillos y blancos. «Siempre hay gente a la que no le importa pagar más si le ofreces calidad. Vendes menos, pero la diferencia de precio compensa», les explicaba a sus hijos los secretos de un negocio coqueto y boyante que servía a las mesas mejor surtidas y a los fogones más afamados. Poco a poco había ampliado la oferta y en una estantería ofrecía quesos de Idiazabal seleccionados, tarros de bonito en aceite, anchoas de Cantabria y otras exquisiteces que renovaba según la estación del año.

Al otro lado del auricular sonó la voz animosa de Aritz.

—¿Qué coño te pasa?, llevo tres días sin saber de ti.

—He estado muy liado —la respuesta fue seca.

—Bueno, no te mosquees —Aritz se percató del enfado de su amigo—. Qué noche te perdiste —dijo pensando que así esquivaría el enojo de su amigo.

—¿Me has llamado para contarme tu hazaña? —no tenía ganas de hablar del tema.

—Hiciste el gilipollas por no venir. La Eva, ya sabes, la de las tetas grandes, lo primero que hizo nada más llegar a casa fue bajarme los pantalones y comerme la polla. Cómo mamaba la hija de puta —Aritz se excitaba con el relato—. A la otra, lo que mejor se le da es cabalgar. Me empalmo solo de pensarlo.

—Paso de tus batallitas —Eneko deseaba acabar aquella conversación.

—Eres un reprimido. Estas oportunidades no se pueden dejar pasar, que no sabes cuándo se volverán a repetir. Bueno, eso lo sabes tú bien, que la Irati te tiene a dieta y te matas a pajas. Con esa tocas poco pelo.

—No te pases —Eneko hizo un esfuerzo para no responder de mala manera, pero lo cortante de sus palabras dejaba claro que no le agradaban sus comentarios.

—Esta tarde voy con el Joseba a recoger unas revistas de las que ya sabes —el tono jocoso dejó paso al de las obligaciones que se cumplen sin objeción.

—No cuentes conmigo —contestó antes de que le preguntara si podía acompañarle—. Tengo que estar toda la tarde en la tienda.

—Joder, qué putada. Qué poco se enrolla tu viejo.

—Llevo más de un mes sin echar una mano, así que ya me tocaba. Lo siento, pero no puedo.

—Nos vemos luego —se despidió.

Joseba era un dinamizador, como decían en el ambiente. Firme en el discurso político y decidido a la hora de pasar a la acción. Una mezcla de compromiso e imprudencia que subrayaba su imponente físico y despertaba la admiración de la cuadrilla. «Tenemos que recoger unos *Zutabe* en la *herriko* de Arrasate y llevarlos a la de Anoeta», le había dicho, dando por hecho que contaba con él. Aritz se sabía un peldaño por encima de sus compañeros, el elegido por Joseba para los cometidos que entrañaban algún riesgo.

El trayecto fue distendido, sin apenas tráfico. Hablaron de la situación política, que Joseba diseccionaba como si explicara una lección aprendida. Aritz se limitaba a escuchar y asentir.

«Hay que activar la lucha en los barrios. La gente está apalancada y cada vez se mueve menos, y eso es una ventaja para el enemigo —lo suyo era un monólogo—. El puto estado del bienestar. A la gente le basta con tener un curro de mierda que le dé para comprarse un coche y marcharse dos semanas de vacaciones, y a cambio de eso, a tragar sin abrir la boca. Y, además, está la opresión que sufrimos como pueblo por parte del Estado español. Si los jóvenes no hacemos nada, Euskal Herria lo lleva jodido.» Aritz afirmaba con la cabeza, y en ocasiones apostillaba a su compañero: «Tienes razón, hace falta compromiso».

La taberna estaba en el barrio de Udala, justo detrás de la iglesia de San Esteban. Un establecimiento de piedra vista que se mi-

metizaba con el ambiente rural del lugar, en las faldas de la peña de Udalatx.

—*Kaixo* —el joven que atendía la barra reconoció a Joseba y le hizo un gesto. El bar estaba prácticamente vacío—. ¿Tomáis algo?

—Llevamos prisa —declinó con un gesto de la mano.

—Pasad entonces para acá.

La cocina estaba impoluta, como si aún no la hubieran estrenado. De una cámara frigorífica, en la que conservaban varias piezas de carne, extrajo tres paquetes envueltos en papel de estraza.

—Sabéis para dónde van, ¿no?

—Sin problema —asintió Joseba.

—Venga, pues, y cuidado, que en ocasiones montan un control a la salida del pueblo.

Los escondieron en el estuche del triángulo de señalización e hicieron el camino de vuelta con la misma placidez con que habían hecho el de ida. Sonaba una canción de Mikel Laboa.

Baga, biga, higa,
laga, boga, sega,
Zai, zoi, bele,
harma, tiro, pun!
Xirristi-mirristi
gerrena plat,
Olio zopa

Kikili salda,
Urrup edan edo
Klikikimilikiliklik...

—¿Serías capaz de sacudirle a un piccolo? —preguntó sin rodeos.

—Joder, Joseba, ¿por qué me preguntas eso? —Aritz hizo una pausa por temor a no responder lo adecuado—. ¿Y tú? —se defendió con otra pregunta.

—Si fuese necesario, sí —había adoptado un tono adusto—. ¿Qué me dices? —volvió a insistir.

—Supongo que también —lo dijo sin convencimiento, por temor a decepcionar a Joseba.

—Si solo supones, es que dudas.

—Joder, es que me lo planteas así, de golpe.

—No te lo voy a preguntar delante de todos.

—Ya, pero, no sé, si fuese en medio de una conversación de política, pues lo entendería.

Maite ditut
maite
geure bazterrak
lanbroak
izkutzitzen dizkidanean
zer izkutatzen duen...

Joseba apagó el reproductor de CD.

—Estamos hablando de política. A nadie le gusta pegar un

tiro a un piccolo, pero no nos dejan otra salida. La guerra es así: o ellos, o nosotros.

—Yo estoy a favor de la lucha armada, eso ya lo sabes —Aritz quería dejar claro su compromiso.

—Pero una cosa es apoyarla y otra muy distinta, coger una pipa y apretar el gatillo a un metro de distancia de la cabeza del enemigo. ¿Serías capaz?

—Sí, sería capaz.

—Hay mucho *gudari* de pacotilla que se caga por las patas abajo cuando hay que pasar a la acción, pero eso sí, en las manifiestas los primeros y gritando como el que más —la voz era más amable, como si hablaran de algo banal—. Esa gente solo sirve para el acompañamiento, pero no son luchadores.

Aritz asintió.

Cubrieron los setenta kilómetros en algo menos de una hora. Para cuando llegaron, la *herriko* de Anoeta comenzaba a animarse con parroquianos que hablaban de política sin temor a oídos curiosos. Todos se conocían y la llegada de extraños era recibida con recelo. Las miradas se dirigían sin recato hacia los recién llegados, que sintieron la incomodidad de saberse observados, como si de su sola observación no estuviera claro que eran de los suyos.

—*Aupa*, Andoni —Joseba dejó claro a quienes aún mantenían la mirada en él que conocía al dueño, un hombre maduro y de maneras hoscas.

—Joseba —dijo con un tono de voz más alto de lo normal—. Tiempo hacía que no venías por aquí.

—Cuando me mandan.

Sin más preámbulos le entregaron los paquetes, que recogió como lo haría con un pedido.

—¿Este es tu colega? —dijo mirando a Aritz.

—Andoni, Aritz; Aritz, Andoni —hizo la presentación—. Es de la cuadrilla.

—Esperad, que guardo esto dentro y os tomáis unos zuritos.

—Déjalo, Andoni, que llevamos prisa.

—Cago en Dios, a mí no me hacéis un feo.

Abrió el grifo de la cerveza.

—Bebed, coño, que parecéis españoles.

Andoni se perdió por un lateral con los paquetes y volvió a la barra.

—¿Qué os contáis?

—Poca cosa —Joseba no tenía ganas de prorrogar la conversación. Miró a un lado y se colgó de la barra para aproximar la cara a la de Andoni—. Pásame algún ejemplar.

—Sí, hombre.

Volvió a desaparecer por un lateral y regresó con un ejemplar de *El Correo* entre cuyas páginas había ocultado un par de ejemplares.

—*Eskerrik asko.*

Montaron en el coche, que habían dejado estacionado en la puerta. «Toma uno», le ofreció Joseba como muestra de confianza. «Konponbide demokratikorako alternatiba. Herriak du hitza!», leyó Aritz sobre una foto de tres encapuchados ante el

anagrama de ETA. Le enojaba no saber euskera. Nunca le preocupó hasta que los amigos de la cuadrilla empezaron a simularlo con el castellano. Cuando eso ocurría se ocultaba tras su ignorancia hasta que alguno de ellos se percataba de su incomodidad y justificaba con una broma volver a utilizar la lengua de los «españolazos».

—No tengo ni puta idea de lo que pone aquí —dijo Aritz contrariado.

—Joder, ¿está todo en euskera?

—Supongo —hojeó las páginas hasta encontrar algunas que estaban en castellano—. Aquí hay algunas cosas que no: «La organización de la revolución juvenil en Euskal Herria» —leyó el enunciado—. «El siguiente escrito es una breve aportación a la vanguardia juvenil de Euskal Herria. Una breve aportación a los jóvenes militantes organizados de Euskal Herria que luchan día a día por construir la independencia y el socialismo. Una breve aportación a la juventud rebelde y consciente que se organiza de manera colectiva para construir una alternativa real para nuestro pueblo» —detuvo la lectura del texto para decir de un tirón la frase que venía a continuación—. «Gora Euskal Gazteri Iraultzailea! Gora Zuek!»

—Vas a tener que ir a la Picolandia, y les das una copia a cambio de que te la traduzcan —bromeó.

Guardaron un prolongado silencio que de nuevo rompió Joseba.

—¿Qué te parece Iker?

—¿Qué me parece de qué?

—Si te parece un tío comprometido, si crees que tiene cojo-

nes para hacer algo más que gritar en las concentraciones o tirar petardos.

—Bueno, me parece legal, ¿sabes que su tío está en el talego? Era de un comando.

—Sí, me lo ha contado él, y yo he preguntado por ahí. Lleva quince años en el mako acusado de haber colocado un coche bomba contra un cuartel de la Guardia Civil, pero su hermana, la madre de Iker, no tiene relación con esa parte de la familia.

—Iker va a ver a su tío a Albolote de vez en cuando.

—Ya, ha ido en alguna ocasión en los autobuses de Etxerat. Aritz no disponía de más datos.

—Un tipo serio, sí, a mí también me lo parece —dijo para aseverar los comentarios de su compañero.

«Cada acción debe tener su pedagogía y se debe ajustar a la gravedad del objetivo. Ante un ataque del aparato de justicia español se debe responder atacando los juzgados. Cuando los *zipayos* detienen a algún joven hay que encabezar un ataque directo contra ellos o apedrear el *batzoki*. Cuando hay decisiones judiciales contra la izquierda *abertzale* o detenciones de sus dirigentes, debemos quemar una dependencia del PSOE. Hay que responder en las siguientes horas, con reflejos y rapidez.»

Joseba les arengaba antes de cada sabotaje. Sabía de la flaqueza que provocaban en el grupo las noticias sobre la detención o condena de otros jóvenes por actos de violencia callejera. La preocupación instalada durante días genera dudas y estas conducen a la indecisión; por eso era imprescindible actuar con presteza.

El telediario del mediodía había informado de la condena de dos jóvenes de dieciocho y veinte años a diez de reclusión como responsables de un delito de estragos terroristas, y esa misma tarde los convocó en el *gaztetxe* para preparar la respuesta. «Los sabotajes deben servir para cuestionar al enemigo e incidir en la

conciencia de la gente. Hay que explicarlos, porque la acción sin reivindicación se queda sin validez al verse despojada de su sentido político.» La tenacidad de sus palabras convencía e intimidaba a un tiempo.

Aritz miró el reloj de pulsera. La una y veinte de la madrugada. Fueron llegando como un goteo. Urtzi, Iker, Patxi, Eneko, Ibon, Mikeldi, Erika e Irati. Llevaba media hora preparándolo todo con Joseba. Habían llenado una garrafa de cinco litros con «gasolina sin plomo», pidió Joseba en una estación de servicio de las afueras mientras explicaba al empleado la faena que acababa de hacerles el coche: el indicador del combustible no funcionaba y se habían quedado tirados a algo menos de un kilómetro.

También habían hecho acopio de botellas con tapones de rosca en las que Aritz mezclaba el combustible con aceite de motor, y Joseba, con guantes de goma, les adhería alrededor una cinta de tela impregnada en ácido sulfúrico para que estallaran al romperse. Después colocaban los artefactos con mimo en las cajas que habían cogido en el mercado de la Bretxa. Olía a garaje, a grasa y gasolina. El tintineo de botellas acompañaba el silencio de los presentes; unos afanados en la tarea, el resto expectante, como si asistiera a una ceremonia iniciática.

—Vuelvo a repetir todo —Joseba llamó la atención del grupo—. Dejamos los coches en Azpilicueta; allí siempre hay sitio para aparcar. Nos dividimos en dos grupos y subimos por las calles paralelas. Al llegar a la esquina nos ponemos los pasamon-

tañas y los guantes de látex para no dejar huellas. Que no se olvide nadie —puso especial énfasis en la advertencia—. Primero salta el grupo de Aritz, y cuando se den la vuelta lanzamos los que venís conmigo. Salimos de allí cagando hostias hasta los coches, y cada uno a su casa. ¿Entendido?

Todos convinieron.

—¿Te pasa algo, Ibon? —tenía la cara desencajada.

—Estoy un poco nervioso —contestó con vergüenza.

—Si hoy no te encuentras con fuerza, no vengas, no pasa nada.

—Puedo, puedo, no te preocupes —se sujetó en su orgullo.

La resolución de Joseba era contagiosa, pero aun así era difícil no sentir un cosquilleo en la boca del estómago. Todos conocían a alguien a quien habían detenido por quemar un cajero, incendiar un autobús o enfrentarse a los *zipayos*. La cárcel asusta, da miedo, por más que uno piense que a él no lo van a pillar, como tampoco se teme a la muerte cuando se es joven.

Joseba les había hablado de su estancia en prisión; primero en Soto del Real y después en Córdoba. «Un añito a pulso», decía, y relataba que no era para tanto; que allí dentro, con los compañeros, se había convencido aún más de que su lucha era justa. Un año encerrado. Tan largo, y a la vez tan corto si lo comparaba con las condenas a treinta de otros militantes. Esos eran los más fuertes. No flaqueaban nunca, y cuando en alguna ocasión le visitó el desánimo, fueron ellos quienes le ayudaron a superar el trance.

Eran relatos de héroes, de hombres y mujeres dispuestos a todo, la diferencia entre lo que ellos hacían y la militancia en

ETA, pero ni Mikeldi, ni Erika, ni Patxi, ni Ibon... se sentían tan valientes. Las gestas son siempre de otros; por eso los admiramos. La realidad no es una película, sino un drama por escenas, y no querían ser los protagonistas.

Guardaron las cajas en los maleteros de los coches y emprendieron la marcha protegidos por la noche.

El Palacio de Justicia carecía de vigilancia. Solo las cámaras situadas en ambos extremos del edificio grababan el paso fantasmal de los transeúntes. Aritz caminaba al frente de su grupo, pegado a la pared, como si así se cubriera del posible ataque de un enemigo invisible. Se acercó hasta la esquina de la calle que desembocaba frente al edificio de los juzgados y comprobó que no hubiera nadie. Volvió sobre sus pasos, ordenó a todos que se colocaran la capucha y los guantes y repartió los cócteles molotov que ocultaba en la mochila. A la señal salieron a la carrera hasta la mitad de la calzada y arrojaron con fuerza los artefactos contra la fachada. Los impactos provocaban súbitos fogonazos de fuego que el aceite adhirió a las paredes. El brillo intenso de las llamas abrazó en un instante el edificio, que ardía como una tea.

Se replegaron por donde habían venido y, sin pausa, de la calle paralela surgió el grupo de Joseba. En unos segundos la escalinata y las paredes desprendían un humo negro que se elevaba hasta confundirse con el cielo oscuro. El silencio quedó roto por el crepitar de las llamas mientras escapaban con la adrenalina disparada y el sonido nervioso de su respiración. Se escuchó, atenuado, el sonido acelerado de coches.

—¡Qué subidón, tíos! —Ibon había superado sus dudas y parecía dispuesto a todo, aunque en unos minutos, cuando estuviera de vuelta a casa, la excitación daría paso a un súbito cansancio.

Las viviendas situadas frente al Palacio de Justicia cobraron vida y la calle fue de súbito un murmullo que ahogaron las sirenas de los bomberos y los coches patrulla de la Ertzaintza. Los agentes acordonaron la calle y dos de ellos se esforzaban en convencer a los curiosos para que volvieran a sus casas y cerraran las ventanas. Las alarmas azules y anaranjadas se proyectaban en los cristales de los escaparates y daban a la vía el aspecto de una feria.

En apenas cinco minutos el incendio quedó extinguido y el agua arrastró las pavesas. Para entonces, el granito de la fachada era un tiznajo y la calle apestaba a vandalismo.

Pasaron doce días, tal vez dos semanas. Sí, seguramente fuera eso, dos semanas, sin que volvieran a tener noticias de Eva y Libia. Aritz había pasado página, convencido de que en la vida volvería a acostarse con dos chicas a la vez y le bastaba con recordar su trío a quien quisiera escucharle. «Lo que me ha pasado es ciencia ficción», les decía a los compañeros de la cuadrilla, cansados ya de lo reiterativo de su relato.

Eneko buscaba cualquier excusa para recorrer la plaza del Alderdi Eder sin dirección fija. Cuando encaraba la fachada del ayuntamiento buscaba entre los tamarindos y al no encontrar lo que buscaba, se sumía en un incómodo malhumor. Tal vez se hubieran marchado.

Era martes cuando el ánimo le dio un vuelco al descubrir a Libia recogiendo sus abalorios. Aceleró el paso por temor a perderla y esbozó una sonrisa cuando estuvo frente a ella.

—*Kaixo*, ¿cómo va la venta?

—Ah, hola, no te había visto —Libia se esmeraba en ordenar sus cosas antes de guardarlas en una enorme bolsa de deportes.

—Pensé que os habíais marchado. Hemos venido a buscaros varias veces, pero no estabais —se ocultó tras el plural.

—Hemos estado por ahí —le dijo por toda explicación—. ¿Y tu amigo?

—¿Aritz?

—Ese, tenéis unos nombres tan raros.

—Currando.

—Vaya, va a resultar que sois unos currelas.

—Trabaja de camarero en una taberna.

—¿Y tú?

—Yo no curro, soy un hijo de papá y no me hace falta.

—No te creo.

—Pues créeme, porque es verdad.

—No tienes pinta de pijo.

—¿Y qué pinta tengo?

Lo miró de arriba abajo.

—Bueno, mírate. Pelo alborotado, camiseta negra, pantalones vaqueros rotos y chanclas. No sé, como que no me pega para un niño bien.

—Las apariencias engañan. La camiseta y los pantalones rotos son de marca, no te equivoques.

—Vale, eres un niño pijo.

—¿Ya te marchas? —Libia terminaba de guardar sus cosas.

—Qué remedio, los munipas han venido a advertirme de que o levanto el puesto, o se lo llevan todo.

—¿Te apetece tomar algo?

—No bebo con niños de papá.

—¿Y no puedes hacer una excepción?

—¿Y por qué habría de hacerla?

Eneko se quedó pensativo, buscando una respuesta ingeniosa.

—Porque soy guapo, simpático...

—Si eso es lo que te dice tu madre, te engaña.

Al fondo dos municipales se encaminaban hacia ellos y Libia apuró la tarea.

—Ayúdame, que vienen los munipas.

—Si tomas algo conmigo.

—Eso es chantaje.

—Si tomas algo conmigo —insistió.

—Vale.

—Señorita, le hemos dicho que o recoge sus cosas, o se las vamos a tener que retirar —la advertencia era ya una amenaza.

—Estamos recogiendo. Nos hemos puesto a hablar y nos hemos entretenido.

—Recojan, por favor.

Libia guardó la mercancía y tomaron el camino del puerto.

—Si no curras, ¿a qué te dedicas?

—Estudio Periodismo. En octubre empiezo tercero.

—Ummm, qué chico más interesante. Y se puede saber por qué estudias Periodismo. Los periodistas son todos unos mentirosos hijos de puta.

—No tienen por qué ser todos unos hijos de puta. Los habrá como en todas las profesiones. Yo, por ejemplo, no lo soy.

—Es que todavía no eres periodista, mi niño. Espera a que termines y empieces a escribir.

No supo qué decir.

—¿Y cómo te dio por ahí?

—Me gusta la actualidad y contar lo que pasa.

—Eres un mirón.

—No sé por qué tendría que ser un mirón —Eneko adoptó un tono defensivo, un poco sorprendido por la desenvoltura de Libia, que le hablaba como si se trataran desde hacía tiempo.

—Bueno, pues una portera.

—No me vas a mosquear.

—¿No es mejor ser protagonista que espectador?

—No se puede ser el novio en la boda y el muerto en el entierro —recordó una frase que había oído a su madre, y que le pareció perfecta para la ocasión.

—Me parece que tu novia se mosqueó el otro día —Libia cambió de tema.

—No es mi novia... —Eneko dudó, no encontraba la palabra justa—, es una amiga especial.

—¿Cómo de especial?

—Algo más amiga que las demás. ¿Conforme?

—¿Cómo se llama? —Libia parecía divertida en su papel de interrogadora.

—Irati.

—El otro día no nos quitaba ojo en la taberna. Menudo globo tenía.

Eneko no hizo ningún comentario.

—¿Y tú le gustas a ella?

—Supongo.

—¿Te lo ha dicho?

—No hace falta, eso se nota.

—Qué presuntuoso. ¿Qué tal folla?

—No quiero hablar de Irati —empezaba a estar incómodo con tanta pregunta.

—¿Porque intentas ligar conmigo y no quieres ahuyentarme con tu novia?

—¿Por qué piensas que quiero ligar contigo? Ahora eres tú la presuntuosa.

—Has venido a buscarme sin tu amigo, no sé, me parece que te gusto. Pero dímelo tú y así salgo de dudas.

—¿Decirte qué?

—Si te gusto, si quieres ligar conmigo.

—Me gustas.

—¿Cuánto?

—No sé.

—De uno a diez.

—Bastante.

—¿Y eso cuánto es?

—Siete y medio.

—¿Solo notable? Yo aspiraba al sobresaliente.

—La verdad es que me gustas un nueve y medio, pero he decidido bajarte la nota para que no te lo creas.

—¿Como para dejar a tu novia? —insistió Libia, provocadora.

—Ya te he dicho que no es mi novia y, además, no voy a pedirte que te cases conmigo.

—Me tranquiliza. Tú también me gustas, tienes un no sé qué de chico misterioso que me atrae —lo miró como si examinara una valiosa mercancía antes de decidirse a comprarla—, además de que físicamente no estás nada mal. Alto, bien pare-

cido, un poquito cachas, y con un puntito de timidez que te hace interesante... Y ya que sabemos que nos gustamos, podemos celebrarlo. Acepto que me invites a comer.

—¿Te gustan las sardinas? —Eneko se sintió como si hubiese aprobado un examen.

—Me gusta todo, y además tengo hambre.

—Aquí al lado hay un chiringuito muy chulo en el que podemos tomar unas sardinas asadas, ensalada y un txakoli.

—¿El qué?

—Txakoli. No me digas que no sabes lo que es el txakoli.

—Pues no, ¿debería?

—El vino de aquí.

—Estupendo.

—¿Y tus amigos? —preguntó para cumplir un formalismo que había olvidado.

—Se han quedado sobando en la pensión. Mejor dicho, han chingado como locos y ahora están sobando.

Eneko calló.

—¿No vas a preguntarme por la otra noche con tu amigo?

—No me interesa —volvió el gesto sombrío.

—Yo pensaba que sí —porfió Libia.

—Bueno, pues ¿qué tal la otra noche?

—Muy bien.

—...

—Como no quisiste venir, a tu amigo le tocó ración doble.

—Me alegro por vosotros —dijo azorado.

Libia le concedió una tregua para adentrarse en otros terrenos y no echar a perder el encuentro. Se contaron lo que no sabían. Su

madre era médica y trabajaba en un consultorio del barrio gaditano de La Viña, y su padre era un cubano que había emigrado a España en la década de los sesenta. Se conocieron como doctora y paciente e intimaron antes de convertirse en marido y mujer.

Ella era hija única. A los veintidós años, sin dinero ni trabajo, se instaló como okupa junto a otros jóvenes en una vivienda expropiada por el ayuntamiento que llevaba años vacía, a la espera de un proyecto que no terminaba de concretarse. Siempre había vivido así, acompañada de mucha gente y gatos callejeros que maullaban su necesidad. A Eva y a Osiris los conoció en Barcelona, congeniaron y se embarcaron en un viaje sin fechas ni destinos.

Él tenía una hermana mayor y los padres regentaban una tienda de frutas y verduras escogidas que funcionaba con holgura. Le aterrorizaba la idea de reconocerse en un futuro como gestor del negocio familiar. El padre les advertía cada poco de su intención de jubilarse y les soltaba la misma cantinela: que llevaba trabajando desde los catorce años, que el negocio estaba asentado y era una forma tan digna como cualquier otra de ganarse la vida, sobre todo para dos jóvenes que no habían mostrado interés por los estudios. Decidió matricularse en Periodismo para escapar de un destino elegido por otros. Su hermana, en cambio, estaba encantada con la perspectiva de heredar el establecimiento. Le bastaba con eso y con casarse con su novio de toda la vida.

Las gaviotas sobrevolaban el puerto en busca de comida, y las más atrevidas se posaban a escasos metros de las mesas a la espera de que alguien les lanzara un trozo de pan.

—¿Vais a tomar postre? —el camarero interrumpió la charla.

—Un poco de queso con membrillo. Seguro que te gusta —se volvió hacia Libia.

—Hoy me como cualquier cosa.

El rubor por el seguro doble sentido de las palabras de Libia le ascendió hasta el rostro.

—¿Quieres que follemos?

—¿Eres siempre así de directa?

—Si quiero algo, sí, para qué voy a andar dándole vueltas. Me gusta el sexo.

—Ya, pero como que estas cosas requieren de cierto ritual, no sé, así, tan directo...

—¿Por eso no quisiste venir a follar el otro día?

—No me gusta ese rollo.

—¿Qué rollo?

—El rollo de liarme con cualquiera.

—Yo no soy cualquiera, soy Libia, y de momento no me has dicho que no. ¿Cuál es la diferencia entre el otro día y hoy?

—Me gustas tú, no tu amiga.

—¿Es un piropo?

—Seguro. A ti, en cambio, parece que te vale cualquiera —según lo dijo supo que se había equivocado.

—Ten cuidado con lo que dices —Libia encajó con desagrado aquel comentario—. Hago lo que quiero, cuando quiero y con quien quiero. El otro día follé con tu amigo y ahora me gustaría follar contigo. Ya está.

—No quería ofenderte —rectificó, consciente de que su comentario había sido inadecuado—, pero es que me estás poniendo nervioso.

—Eso es lo que pretendo —Libia buscó con su pie la entrepierna de Eneko por debajo de la mesa.

—Para, Libia.

—No quiero —rio divertida por el aprieto en que le estaba poniendo.

—Prueba el queso —le ofreció el plato que el camarero había dejado en la mesa para hacerla desistir.

—Pero después, a follar.

—¿No serás ninfómana? —miró a ambos lados antes de decirlo por temor a que le escucharan.

—¿Te importaría?

—Creo que sí, porque entonces no vas a tener bastante conmigo.

—Acabamos de conocernos y ya me quieres solo para ti. A mí no me gusta ser de nadie.

—Yo no tengo apartamento, vivo con mis padres —dijo como si acabara de topar con un inconveniente grave.

—Nos vamos a la pensión.

—¿Y tus amigos?

—No nos van a molestar, ellos ya han follado, y ahora nos toca a nosotros.

El camino hacia la pensión fue un prolongado silencio que ninguno de los dos intentó justificar. Los escalones de madera chirriaban alertando de su presencia. La puerta estaba abierta y en la recepción no había nadie. Eva y Osiris se habían marchado, y el desorden de la cama era el rastro de su ausencia.

Libia se giró para recuperar la mirada de Eneko, que parecía cohibido.

—¿No me vas a desnudar? —alzó los brazos para que le sacara la camiseta.

Libia sonrió sin dejar de mirarlo. Eneko quedó prendado por el hallazgo de sus pechos. Se agachó para besarlos y le bajó los pantalones y las bragas, hasta dejarla completamente desnuda. Libia le ayudó a desprenderse de la camiseta y le desabrochó el pantalón vaquero, que dejó caer a sus pies. Hicieron el amor sin las prisas de una relación conocida que prescinde de los prolegómenos y busca solo el gozo final. Se dejaron explorar.

—Me gustas mucho —le susurró Eneko al oído—. Creo que me he enamorado de ti.

—Si follamos otra vez, me vas a pedir que me case contigo —dijo Libia divertida.

—Te quiero —dio un paso más.

—No quiero que me quieras —el tono se tornó serio.

—Eso es algo que no se puede elegir.

—No quiero que me quieras —repitió.

El sueño los alcanzó abrazados.

La barra del Txipiron exhibía una colección de pinchos recién sacados de la cocina, a cual más apetecible. De madera oscurecida por el uso, en torno a ella se arremolinaba una fiel clientela. En uno de los extremos, un enorme frasco de cristal a medio llenar con monedas y billetes para los presos.

—Te voy a presentar a mi primo, el Gorka, es ese de ahí —Aritz señaló una de las fotos que colgaban sobre la barra, junto a un pañuelo con la silueta del País Vasco y el lema «Euskal presoak, euskal herrira».

Había recibido con alborozo el relato de Eneko sobre su encuentro casual, mintió, con Libia en el Alderdi Eder, y tan pronto como tuvo ocasión, fue al encuentro de ambas amigas. Eva no quiso acompañarlos, molesta con su insistencia procaz en repetir «lo de la otra noche», aunque de aquello hiciera ya varias semanas. Libia aceptó. Le hacían gracia sus parrafadas, tras las que se escondía una timidez mal controlada.

—Es un *gudari*, un luchador por la libertad de este pueblo.

—¿Qué significa? —dijo Libia con la mirada fija en los carteles.

—¡Presos vascos a Euskal Herria! Son presos políticos, y el Gobierno los trata como si fueran delincuentes comunes.

—Matan a gente.

—En las guerras la gente mata y muere.

—Pero no estamos en guerra.

—¿Quién te ha dicho eso? No estamos en una guerra convencional, de esas que ves en los telediaris, de soldaditos americanos con la cara pintarrajeada haciendo turismo por el mundo; esto es una guerra de insurrección, de la vanguardia del pueblo vasco contra el Estado.

—Para el carro, Aritz —le pidieron desde la barra para que bajara la voz.

—¿Dónde está tu primo? —Libia llevó la conversación a un terreno más prosaico.

—En Salto del Negro.

—¿En qué? —hizo un gesto de no entender.

—Es un mako que está en Almería, a tomar por el culo de aquí. Mis tíos están jodidos. Son del PNV de toda la vida y les ha salido un hijo de la ETA. Van cada quince días a la cárcel a visitarlo y tienen para rato, porque le han metido doce años.

—¿Por qué, qué hizo? —Libia preguntó más por cortesía que porque le interesaran los motivos.

—Nada, quemar un autobús. Antes te caía una mierda, pero estos hijos de puta han cambiado la ley y te joden la vida.

—¿Lleva mucho en la cárcel? —volvió a preguntar con la esperanza de que Aritz concluyera pronto su perorata.

—Ya se ha chupado cuatro añitos a pelo, porque ahora no

puedes redimir condena y te tienes que comer el marrón entero.

—Supongo que tú también irás a verlo alguna vez.

—Alguna vez, cuando los de Etxerat montan un viaje para las familias de todos los presos que hay allí, entonces sí bajo, pero no creas que me gusta, me da mal rollo. Además, la vieja se pone pesada: que si no ande con malas compañías, que si esta gente no me va a causar más que problemas, bla, bla, bla.

—Pero tu primo es su sobrino —dijo dudando de que hubiese acertado con los parentescos, que siempre le parecieron un galimatías.

—Yo soy su hijo y le importo más. Además, su hermana tampoco está de acuerdo con lo que hace mi primo, pero claro, no lo va a dejar tirado. A la gente mayor le cuesta entender que lo que hacemos es también por ellos, que el puto PNV no quiere más que perpetuarse en el sillón, aunque para eso tenga que pactar con el PP o con el PSOE. La libertad de este pueblo solo se alcanzará con la lucha, y los viejos no lo entienden, pero es cuestión de tiempo. Primero lloran mucho, luego empiezan a conocer todo el apoyo que las familias dan a los chavales, ven a otras madres que también sufren, la red de solidaridad que los acoge, y terminan manifestándose con un cartel con la foto de su hijo. Cuestión de tiempo, ya te digo.

»Aupa, Joseba —Aritz llamó la atención de su compañero, que acababa de entrar en el bar, para que se acercara hasta donde estaban—. Te presento a Libia.

—Kaixo —saludó—. Nos conocimos hace unas semanas, de poteo en el casco viejo.

—¡Coño, es verdad, estoy gilipollas! —Aritz se percató de su error—. ¿Qué plan hay?

—Mañana *gau pasa* en fiestas de Lekeitio —miró a Libia y calló.

—Tranquilo, joder, que es de confianza —dijo Aritz al percatarse de su recelo.

—Estoy convocando a la gente en el *gaztetxe*; si ves a alguno, se lo dices. *Agur*.

—¿De qué va este? —preguntó Libia cuando Joseba ya había abandonado el local.

—El Joseba es el puto amo, el jefe, el tío con más cojones de to Donosti. Estuvo un año en el talego —su voz expresaba admiración.

—Vaya mérito —dijo con retranca.

—Y tú, ¿qué piensas de Euskal Herria? —Aritz retomó la conversación interrumpida.

—¿Qué pienso de qué?

—Que si estás con los españoles o con los *gudaris* vascos.

—¿Vas a estar toda la tarde dándome la brasa?

—Solo quiero que me digas si estás a favor de la independencia.

—Paso de política.

—De política no pasa nadie.

—Yo sí.

—Si mañana hay una movida y los *beltzas* vienen a darnos de hostias, o estás con nosotros o estás con ellos, pero no puedes estar con ninguno, ¿lo entiendes?

—¿Qué es eso de los *beltzas*?

—Joder, hay que explicártelo todo. Los antidisturbios de la Ertzaintza. *Zipayos*. ¿Con quién estás? —insistió ante el silencio de Libia.

—Con los *beltzas* —dijo con dudas la palabra que acababa de aprender y que olvidaría en cinco minutos.

—Serás hija de puta.

—Es broma; la madera me da por el culo.

—Mañana te vienes con nosotros. Un poquito de música y pim, pam, pum, a quemar unos cajeros y lo que se ponga por delante.

—Conmigo no cuentas.

—Me cago en la hostia, Libia.

—No gasto tarjeta de crédito, así que no tengo necesidad de quemar cajeros —bromeó.

—Serás gilipollas.

Libia no dijo nada.

—¿Sabes cuál es el río más largo de España? —preguntó Aritz.

—¿Es una adivinanza?

—El río Guardiacivil, porque nace en Andalucía y muere en el País Vasco —soltó una risotada.

El muelle era un séquito de cuadrillas que rivalizaban en alboroto. Jóvenes y mayores se arremolinaban alrededor del puerto y comentaban la marcha de los festejos y la afluencia cada año más numerosa. Las *txosnas*, desiertas tras una noche de farras, amparaban a los derrotados por la vigilia y el alcohol, pero todo Lekeitio se había convocado en el muelle. Los barcos de bajura habían cedido espacio a las embarcaciones de recreo, y los viejos *arrantzales* recordaban con nostalgia tiempos mejores. «Primero se cargaron las ballenas, luego el besugo, ahora van a por la anchoa, y cuando terminen con ella, irán a por el chicharro y el verdel.» El aire de fiesta y el agradable sol de septiembre invitaban a estar en la calle.

Llegaron a mediodía, con tiempo suficiente para potear en el casco viejo, de calles adoquinadas y trazado medieval, jalonado de palacios, casonas y edificios blasonados, engalanado con banderolas de los colores blanco, verde y rojo de la *ikurriña*. Bajaron después hasta la recoleta playa de Isuntza, separada de la más amplia de Karraspio por la desembocadura del río Lea, y enfilaron hacia el muelle a la hora justa en que comenzaba la

celebración del Antzar Eguna, el «Día de los Gansos». El sol se proyectaba sobre el agua verde y azul con destellos blancos, cuya quietud protegía el rompeolas de Amandarri y su faro diminuto. Justo enfrente, la isla de San Nicolás reproducía a escala la bahía de la Concha; y a su espalda, el encinar del monte Otoio cobijaba un paisaje de postal.

Centenares de personas esperaban en la dársena, apoyadas en la barandilla de aluminio, de la que colgaban pancartas alusivas a los presos y otras con el anagrama de ETA y el lema «Bietan Jarrai» como parte del ornato de la fiesta, a las que nadie prestaba atención. La aglomeración era tal que hasta la eslor de los barcos fondeados servía de privilegiada tribuna para presenciar el espectáculo. El atracadero estaba repleto de *txalupas* con jóvenes ruidosos que aguardaban el inicio del festejo. Una soga, sujeta por un extremo a una embarcación y por otro a un mástil colocado al otro lado del puerto, se elevaba sobre el agua con un ganso atado por las patas, listo para que las cuadrillas probaran la consistencia de su cuello.

La Auma Kukita partió la primera. Bogaban unos pocos, mientras el resto jaleaba a un muchacho corpulento, que al llegar a la altura del ave se asió con fuerza a su pescuezo y se arrojó al agua arrastrándolo con él. Tras unos instantes sumergido, los *zokatilariak* tensaron la soga con fuerza desde un extremo y el joven se elevó pataleando una decena de metros para caer después con estrépito. La cuarta alzada lo propulsó con violencia hacia el cielo, las manos resbalaron y voló como una marioneta suspendida por los aplausos del público. El cuello del animal se cimbreaba a la espera del segundo asalto.

—Qué bestias —susurró Libia sin intención de que sus acompañantes escucharan el comentario.

—Antes ataban a los gansos vivos, y no veas cómo movían las alas los cabrones cuando les enganchaban del cogote.

El comentario de Aritz evocaba el orgullo de quien se siente partícipe de una tradición que debe transmitirse a la siguiente generación. Una seña de identidad que hay que preservar a toda costa.

—Dan un premio de trescientos euros al ganador —añadió Eneko.

—Me sigue pareciendo igual de bestia —insistió Libia.

Siguió la Drogosuak, el Komuns... Los mozos ascendían cada vez más alto, y el estruendo al chocar contra el agua provocaba el alborozo de los espectadores, hasta que el cuello del animal se separaba del tronco y el autor de la hazaña levantaba la cabeza del ganso como un trofeo. Su cuadrilla se arrojaba entonces al mar para celebrar el triunfo y las charangas arrancaban a tocar.

Cuando no hubo más comparsas y la fiesta eligió a su campeón, un muchacho fuerte como un roble que había aguantado veintidós alzas asido al cuello del animal, el muelle se fue desalojando. Las cuadrillas se arremolinaban en torno a los compañeros empapados para ofrecerles un poco de vino que aplacara la tiritona; los jóvenes marchaban al encuentro de las atracciones de feria, que llamaban la atención de los más pequeños con sus bocinas y sus luces de colores, y los mayores se

acomodaban en la plaza a la espera de que la banda de música amenizara el baile desde un improvisado escenario de lonas azules levantado entre la iglesia de Santa María de la Asunción y el ayuntamiento.

Casetas de churros que desprendían el humo grasiento de la fritanga; emigrantes de color que recorrían la geografía en fiestas desplegando su mercancía de imitaciones sobre paños en el suelo; *txosnas* engalanadas con fotos de presos y carteles que reclamaban su regreso al País Vasco. En los lindes de la plaza, pintadas con el nombre del alcalde dentro de una diana, consignas a favor de ETA («ETA herria zurekin», «ETA, el pueblo está contigo») y amenazas embadurnaban las paredes como un mal presagio («Gudarien borroka. Herriaren Indarra!», «La lucha de los soldados vascos. ¡La fuerza del pueblo!»).

Enfilaron hacia el local de una comparsa en el que ya concurría un nutrido grupo de jóvenes. Una sábana blanca con el lema «Euskal Presoak, Euskal Herrira» pintado en negro recibía en la puerta. Caras entrevistas en otras algaradas. Gente nuestra. Siguieron horas de alcohol, hasta que, como una señal, el reloj del ayuntamiento tocó la medianoche.

Un grupo se encaminó hacia la calle Atxabal, empinada como una montaña, ataviada de tenderetes con la intimidad colgada de sus cuerdas, y otro hacia la calle Kinkiña, menos pronunciada pero enrevesada como un laberinto. Para los primeros la cita era frente al edificio de los padres mercedarios; para sus compañeros en el otro extremo, frente a la residencia de ancianos pintada de color azul cielo que desentonaba de los impersonales edificios de fachadas alicatadas con cerámica de

dudoso gusto. Los límites del casco viejo daban paso a una amalgama de bloques de diferentes alturas, producto del crecimiento desordenado de la localidad.

Entre ambos extremos se levantaba la comisaría de la Ertzaintza, ubicada en los bajos de un edificio de viviendas. Una avanzadilla se dirigió hacia ella, hasta la que llegaba atenuada la música de la orquesta. «¡Zipayos!» Comenzaron a corear el grito de guerra cada vez con más fuerza hasta que alguno de los presentes lanzó una nueva consigna, «¡ETA, mátalos!», que el resto repitió.

Una lluvia de piedras recibió a los primeros ertzainas que salieron del recinto pertrechados con cascos y defensas para dispersar a los agitadores. Eneko le ofreció un pedernal pulido que había cogido en la playa y guardado en un bolsillo como si fuera un regalo. Libia dudó, pero al fin lo cogió y lo lanzó sin demasiada convicción. El ataque duró lo que tardaron en agotarse los pedruscos, momento que la Ertzaintza aprovechó para recuperar posiciones y arremeter contra los provocadores.

—¡Corred, hostias, que estáis alelados! —Aritz iniciaba la carrera sin dejar de mirar hacia atrás la carga policial.

Eneko y Libia le siguieron para perderse en el casco viejo, y Joseba reagrupó a la cuadrilla en aquel laberinto de calles estrechas que aseguraba la impunidad. Todos compartían agitación y la voluntad irreflexiva de continuar la batalla que habían iniciado.

El despliegue de los agitadores era el de un ejército adiestrado en el que cada uno sabe el papel que tiene asignado. Los grupos aguardaron la retirada de los agentes para volcar conte-

nedores, prenderlos y evitar así el paso de los vehículos policiales a la zona de actuaciones. El plástico desprendía un olor penetrante y un humo espeso que se elevaba hasta perderse.

—Empieza lo bueno —Aritz miró a Libia con una sonrisa dibujada en la boca, mientras el resto se mostraba dispuesto a todo, a ser héroes por unas horas ocultos tras los pañuelos anudados al cuello que solo dejaban al descubierto sus ojos encendidos.

La sensación de pertenencia a un grupo diluía el miedo. Estaban cambiando el mundo, luchando por la libertad, la suya y la de quienes no se atrevían a hacerlo. Ellos eran los únicos capaces de subvertir el orden impuesto. Joseba les señaló el objetivo inmediato: dos sucursales bancarias contiguas que las hordas aún no habían atacado.

—Ayúdame —Aritz llamó la atención de Eneko para levantar una arqueta. La cargaron entre los dos y la arrojaron contra la fachada acristalada de una de las oficinas, que se desmigajó por el impacto—. ¡Putos capitalistas!

Ocultos tras las llamas y el humo, el ruido de las pelotas de goma era la única señal de la presencia, al otro lado de las barricadas, de la Ertzaintza, a la que grupos instruidos mantenían a raya mientras el resto imponía la violencia en calles abandonadas a su suerte. Libia tenía la sensación de asistir a una película proyectada en muchas pantallas a un tiempo, que requerían de su atención para abarcar todo lo que ocurría a su alrededor. Una película en tres dimensiones, de la que se sentía más espectadora que protagonista.

Joseba llamó su atención al verla confundida, sin saber adónde ir, perdido el contacto con Eneko y Aritz, que tras su hazaña

se habían hecho a un lado para que Iker lanzara al interior del local un artefacto incendiario. Libia corrió hacia donde él se encontraba con el miedo dibujado en la cara. Se parapetaba tras una esquina, y tras él había depositado una garrafa.

La casa del pueblo de los socialistas ocupaba un edificio bajo contra el que habían arrojado pintura roja y amarilla, y en la que todavía se apreciaban pintadas que habían sido borradas una y otra vez, pero aun así mostraban el contorno difuso de la amenaza.

—Esta garrafa está llena de gasolina —requirió su interés. Estaba dispuesto a aleccionarla, aunque no le había gustado que Eneko y Aritz la llevaran con ellos—. Ato un petardo alrededor de la boca y le pongo una mecha larga para que nos dé tiempo a escapar —Joseba hablaba mientras ejecutaba lo que decía—. Le adoso dos aerosoles de laca —lo hacía con la destreza que da una tarea muchas veces repetida—. La coloco frente a la puerta —la asió con las dos manos y la situó pegando al muro—. Y, por último, avisamos a la gente —empleó el plural para hacerla partícipe de algo de lo que había sido una mera espectadora—. ¡Petardo! —gritó, y esperó a que las inmediaciones del inmueble quedaran libres para prender la mecha—. ¡Corre!

Regresaron a la esquina y esperaron la detonación. La explosión retumbó en sus oídos, atravesados por un silbido. Libia se asomó asustada. La fachada mostraba un enorme agujero, como si un misil hubiera impactado contra ella. ¿Cómo era posible que aquel artefacto tan rudimentario fuese capaz de escupir tanta furia?

La batalla campal se prolongaba ya durante una hora cuando comenzaron a escuchar los reproches tímidos de algunos vecinos que no se atrevían a asomarse a la ventana. Se sumó el ruido de sirenas que alertaba de la llegada de refuerzos policiales y aconsejaba la retirada.

Un muchacho muy joven apuraba las últimas escaramuzas con una botella llena de gasolina a la que había colocado un condón en la boca, sobre el que vertía un poco de ácido, y, acto seguido, echaba a correr. Cuando el compuesto químico consumió la goma, el contacto con el combustible provocó una violenta detonación que convirtió el cajero en una tea.

—Joder, Libia, nos tenías preocupados —dijo Eneko con alivio al verla.

—Está conmigo —señaló Joseba con suficiencia, como si nadie mejor que él pudiera protegerla.

—Hay que largarse —alertó Aritz—, hay la hostia de *zipayos* y parece que han detenido a un par de colegas. ¿Sabes dónde está la gente? —se dirigió a Joseba.

—Los he ido mandando para la plaza, pero aún no he visto ni a Irati ni a Patxi, aunque, conociéndole, seguro que está ya lejos de la movida.

—No seas cabrón porque sea un poco acojonado —Aritz recriminó a su «jefe».

La fiesta terminaba dejando tras de sí coches calcinados, cristales rotos, nubarrones estampados contra las paredes y un horizonte plantado de odio y resentimiento.

Para Libia, aquello no tenía nada que ver con las protestas en las que había participado hasta entonces. Ellos ocupaban vi-

viendas vacías para vivir en ellas, y las convertían en centros de reunión de jóvenes que se oponían a un sistema con el que no se identificaban. Se vivía la anarquía como el mejor orden posible. Nada era de nadie, todo se compartía. Colgaban sus reivindicaciones de las ventanas y se hacían fuertes cuando llegaba la Policía para desalojarlos. Volaba alguna botella sin rumbo fijo, gritaban que otro mundo era posible y, al fin, se dejaban llevar en volandas hasta la calle por policías que les maldecían. Alguno, en un arrebató de furia, blandía su porra y descargaba su ira. Solo una vez deseó responder a la violencia con violencia: le gritaban puta mientras la golpeaban con saña. Aturdida por lo vivido, Libia sintió la incomodidad que produce la duda. Quizá la resistencia pasiva era un camino demasiado largo y fuese necesario un paso más decidido para cambiar la realidad. Tal vez la violencia fuera asumible si el objetivo que perseguía era loable. Quizá, tal vez; muchas dudas por resolver.